

# LITERATURA

GUADALUPE LOAEZA\*

FRIDITA\* \*

Londres, esquina con Allende

Ese domingo me desperté sabiendo que tenía cita con Frida. Hacía mucho tiempo sentía deseos de visitarla, pero algo me orillaba a seguir esperando pacientemente su llamado.

Después de dar vueltas y más vueltas por Coyoacán finalmente llegué a la famosa Casa Azul. El reloj marcaba exactamente un cuarto para las tres. La tarde estaba tranquila y soleada, y el ambiente era un poco provinciano. Al llegar al patio de la entrada, dos enormes judas de mirada persistente, me dijeron: "Pase usted". Busqué la taquilla para comprar mi boleto y un señor muy parecido a Joaquín Pardavé, recargado sobre una pila, me dijo: "Para usted, no es nada".

"¡Qué curioso!, tengo la sensación de haber estado aquí hace muchos años. Todo me es tan familiar", pensé al entrar en la primera pieza. Con la misma velocidad con que me vino este extraño recuerdo, lo deseché. Descubrí los primeros autorretratos de Frida y algunas de sus escultura en madera. Una en particular llamó mi atención. Representaba a un niño en forma de feto, asomado entre dos fornidas piernas. En el segundo salón hay una larga vitrina que contiene fotos y cartas de los padres de Frida. Hay también pequeños papeles escritos con recados de Diego: "Fridita, mi niña, la niña de mis ojos". Junto, hay una carpeta abierta, con una lista de gastos efectuados durante el mes de agosto de 1937, escrita por Frida: "Diez y ocho pesos de teléfono, chofer por tres domingos, setenta y cinco pesos". Admiré su orden y su escritura firme y femenina.

Al fondo del salón, a un lado de la pintura conocida como *Las dos Fridas*, se halla la amplificación de un manuscrito donde explica Frida el motivo que le inspiró este tema. "Cuando yo era niña, y tenía que quedarme en mi casa, por las tardes me daba unas aburridotas, entonces me paraba frente a la ventana de mi recámara, juntaba mis dos manos y contra el vidrio echaba mi aliento formando un vaho. En él dibujaba una puerta, por donde salía hecha la mocha, hasta llegar al fondo de una panadería. Allí estaba esperándome para jugar una niña igualita a mí. Después de haber jugado y de haberle contado mis problemas secretos, me regresaba voladísima, por la misma puerta, feliz de haber estado con mi amiga imaginaria".

---

\* Periodista y escritora. Nació en la ciudad de México. Ha colaborado para diversos diarios y revistas desde 1982, participando también en varios programas radiofónicos. Su trabajo va del ensayo: *Las niñas bien, Las reinas de Polanco, Los grillos y otras grillas y Obsesiones*, a la literatura: *Primero las damas, Mirolava y Compro, luego existo*. De ella se ha dicho que articula y redefine el significado de los privilegios sociales, las angustias y el humor de vivir en una sociedad marcada por diferentes clases sociales, distinguiéndose por su fino humorismo.

\*\* Fragmento tomado de *La palabra en juego. Antología del nuevo cuento mexicano*, selección, introducción y notas de Lauro Zavala, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1998.

Esta vivencia la siguió muchos años. Después de haber leído este recuerdo, sentí de una manera más viva mi atracción hacia la personalidad de Frida. Siempre le admiré su rebeldía ante todo lo convencional. Una de sus características siempre fue su forma de vestir. En otra vitrina aparecen sus faldas, sus blusas bordadas, sus aretes largos, sus cadenas de bejuco y sus listones. Ante mis ojos, todo esto de pronto cobraba vida. Los recados escritos aparecen constantemente por donde quiera como si hubieran sido redactados unas horas antes. "Beso tu boca de rana y renacuajo idolatrada. Tu Frida".

Después de dos cuartos con pinturas de Diego, me dirigí hacia la cocina grande y luminosa, decorada con cazuelas, ollas y demás recipientes en barro. Sin ningún esfuerzo, me imaginé a Frida alisando, con las planchas de antes, las camisas de tela de "cabeza de indio" de Diego, sobre una mesa ancha de madera, cubierta con una sábana vieja. Vi inclusive el vaporcito que despedía la plancha. El olor se confundía con el de la leche que hervía sobre el brasero. El ronroneo de un gato gris enroscado en una de las sillas, de esas como de pulquería, se mezclaba con el ruido que producía el hervor de la olla de los frijoles.

Transcurría así una tarde soleada del mes de agosto de 1937. Había querido revivir aquella atmósfera, introduciéndome cada vez más en el mundo de Frida. Las alacenas del comedor se ven repletas de tarritos, vasos de pulque, jicaras, esferas, flores de papel desteñidos, cerámica de Puebla y platos de vidrio soplado. Su olor peculiar hizo que evocara el membrillate, el arroz con leche, los tejocotes en almíbar, el pan dulce, el atole y los tamales de fresa. Allí estaba Diego, en la cabecera, saboreando un riquísimo mole cubierto con ajonjolí. Frida, en su silla de ruedas, iba y venía trayéndole tortillitas recién "echadas".

Al subir al primer piso, se aprecia a lo largo de las escaleras una extensísima colección de exvotos. El taller de Frida es como un invernadero muy amplio, rodeado por librerías. Súbitamente, en el centro de esta pieza, mis ojos se toparon con su silla de ruedas. Al descubrirla sentí algo que me conmovió profundamente. Su alma se encontraba allí sentada, testigo de cómo, poco a poco, su nostalgia, y melancolía se confundían con las mías. Una luz color ámbar iluminaba sus pinceles su caballete, su presencia y su muerte. A un lado del taller está su cuarto. ¡Qué profunda compasión sentí al encontrarme a los pies de su cama! Me dieron ganas de llorar. La vi, recostada, con una gran tristeza, en los ojos, pintando sus cuadros gracias a la fuerza de su dolor y de su amor a la vida. La acompañaban sus libros, las imágenes de Marx, Lenin, Mao y Stalin. Parecía que todo acababa de tocarlo con sus manos. Reflejada en el espejo que forman un pabellón arriba de su cama, la vi llorar por su soledad, por su constante lucha. Lloraba también por su padre, que sufría ataques de epilepsia, lloraba por los que luchaban en la segunda Guerra Mundial, porque Diego, aún no llegaba, porque no sabía cuál de las dos Fridas era. Lloraba por Trosky, porque se acababa de divorciar de Diego, porque no podía hablar con su amigo André Breton porque le faltaban 20 operaciones más, porque extrañaba su otra pierna, porque sentía que se ahogaba dentro de un girasol.

¡Qué horror! ¡Cuánta tristeza! Qué postura tan dolorosa e incómoda debía de haber tenido en esa cama, desde donde oía las campanas de la iglesia, los perros ladrar en la noche, los pasos de su Diego subiendo las escaleras que venía para decirle: "¿Cómo se siente hoy mi Fridita, la niña de mis ojos?". Con el alma arrugada como papel de china, finalmente bajé unas escaleras de piedra que me llevaron a un patio lleno de macetas. Contra el muro del fondo me miré en un pequeño espejo, color tristeza y vi asomarse a Frida. No quería irme de esa casa. Desde que había llegado, había sentido cómo me encerraba en ella, de más en más. Algo me retenía, quería correr hacia Frida y llorar a los

pies de su silla de ruedas. Sentía grandes deseos de contarle también mis penas, estaba segura de que me comprendería. Quería pedirle "sus alas pa' volar", quería convertirme en su amiga imaginaria, decirle que era mi cuata y muy reata, en otras palabras, quería acompañarla en su soledad. Tenía deseos de peinarla, de pedirle que me enseñara sus aretes de coral y sus cartas de amor.

No podía irme. Me había invitado a comer. Todavía no saludaba a Diego, que estaba por llegar de un momento a otro. Antes de dormirme, ya en mi casa, yo seguía en la casa de Frida en Coyoacán. Estaba sentada en el comedor desde donde vi, por fin, a Diego llegar con un pantalón de mezclilla y su sombrero de petate. Frida lo esperaba en la puerta, muy derecha, recargada en su bastón y con una gran sonrisa.

" ¡Ya llegó!", me gritó desde el patio. El olor de mole salía desde la cocina. Obviamente no me había ido. Los Rivera me habían dado cita para comer aquel domingo del 20 de agosto de 1937, a un cuarto para las tres de la tarde.